

Platero y nosotros

Ricardo Bada

Incluyendo la dedicatoria a Aguedilla y sin incluir los títulos de los capítulos, el texto neto de *Platero y yo* tiene una extensión de 31.531 palabras. De ellas, nada menos que 24.837 –me he entretenido en contarlas–, están dedicadas a los habitantes del pueblo de Moguer que no son ni Platero ni Juan Ramón: es decir, a «nosotros». Pensé, pues, que iba siendo hora de que nos ocupásemos de ese otro libro que es *Platero y nosotros*, de ese otro libro también escrito (y no entre líneas, sino línea a línea, palabra a palabra) por aquel solipsista, ególatra y egocentrista que dicen que fue Juan Ramón Jiménez.

Se ha afirmado que si un terremoto –u otra catástrofe natural– acabase alguna vez con Dublín, la capital de Irlanda podría reconstruirse echando mano del *Ulises* de Joyce. No es tan así, hay en ello una mijita de exageración (de la que puedo dar fe por inspección ocular propia en 1979 y en 2004). Pero la verdad poética admite esa mijita de exageración, y siendo yo andaluz de nacimiento la recabo también para mí. Y afirmo que si un voraz incendio redujese a cenizas todos los registros municipales de Moguer, el censo del pueblo, al menos el de aquella época, se podría rehacer con una aproximación del 90% en base a las páginas de *Platero y yo*.

Déjeseme decir además que en 1914, cuando Juan Ramón fecha su libro, se está adelantando en diez años al europeísmo que todo el mundo alabará en 1924 como uno de los principales méritos de *Der Zauberberg* (*La montaña mágica*), la formidable novela de Thomas Mann. En *Platero y yo* hay citas en inglés, gallego, fran-

cés e italiano, como en *Der Zauberberg* las hay en italiano, francés y neerlandés, subrayando el carácter paneuropeo de ambos textos.

Así, en el capítulo titulado «Antonia»:

«Olía a lirio, a agua, a amor. Cual una corona de rosas con espinas, el verso que Shakespeare hizo decir a Cleopatra, me ceñía, redondo, el pensamiento:

O happy horse, to bear the weight of Anthony!»

Y en «El niño tonto»:

«me acordé de Curros [Enríquez], padre más que poeta, que, cuando se quedó sin su niño, le preguntaba por él a la mariposa gallega:

Volvoreta d'aliñas douradas...»

Y en el que no por casualidad está dedicado a Ronsard, el delicado poeta francés:

«Libre ya Platero del cabestro, y paciendo entre las castas margaritas del pradecillo, me he echado yo bajo un pino, he sacado de la alforja moruna un breve libro, y, abriéndolo por una señal, me he puesto a leer en alta voz:

*Comme on voit sur la blanche au mois de mai la rose
En sa belle jeunesse, en sa premiere fleur,
Rendre le ciel jaloux de...*

Arriba, por las ramas últimas, salta y pía un leve pajarillo, que el sol hace, cual toda la verde cima suspirante, de oro. Entre vuelo y gorjeo, se oye el partirse de las semillas que el pájaro se está almorzando.

... jaloux de sa vive couleur,

Una cosa enorme y tibia avanza, de pronto, como una proa viva, sobre mi hombro...

Es Platero, que, sugestionado, sin duda, por la lira de Orfeo, viene a leer conmigo. Leemos:

... vive couleur,

Quand l'aube de ses pleurs au point du jour l'a...

Pero el pajarillo, que debe digerir aprisa, tapa la palabra, con una nota falsa.

Ronsard, olvidado un instante de su soneto «Quand en songeant ma follatre j'accolle», se debe haber reído en el infierno».

Y en «La luna», donde cita a Leopardi sin nombrarlo:
«Una gran nube negra, como una gigantesca gallina que hubiese puesto un huevo de oro, puso la luna sobre una colina.
Yo le dije a la luna:

... *Ma sola*
ha questa luna in ciel, che da nessuno
cader fu vista mai se non in sogno.

Platero la miraba fijamente y sacudía, con un duro ruido blando, una oreja. Me miraba absorto y sacudía la otra».

Debo confesar que mi relación personal con Juan Ramón es de muy vieja data. Es de tan vieja data que se remonta a los días de mi infancia, de cuando aprendí a leer y me escapaba horas y horas al alpende de la casa donde nací, en el nº 21 de la calle de los Tumbados, la misma que ustedes tal vez sólo conozcan como calle de Alonso Sánchez. Y desde aquella altura, en realidad pequeña para las dimensiones enanorrascacielistas de hoy, mi vista se alzaba a veces del libro que estaba leyendo y se me perdía a lo lejos, hacia el sur, y yo veía desde mi casa toda la orilla del Tinto desde algo más acá de San Juan del Puerto, hasta el estero de Domingo Rubio, y en ese panorama brillaban con presencia destacada el convento de la Rábida, el monumento de 1892, y los caseríos de Palos y Moguer, este con la torre de esa iglesia que todavía hoy nos sigue pareciendo «de cerca, como una Giralda vista de lejos».

Y años más tarde, en 1961, en la recién fundada Radio Popular de Huelva, un compañero me llamó la atención acerca de una persona, Francisco Romero Gómez, ocho años más joven que Juan Ramón, y que trabajó durante doce para la familia del poeta, justo cuando se estaba gestando *Platero y yo*. Lo citamos en la emisora, y vino y lo pudimos entrevistar, y fue una entrevista muy pedagógica, porque Francisco, a sus 72 años bien cumplidos, desmontó con sus recuerdos varios de los capítulos del libro. Por ejemplo «La fantasma», donde Juan Ramón, con su mirada cinematográfica, nos narra un cortometraje perfecto:

«La mayor diversión de Anilla la Manteca, cuya fogosa y fresca juventud fue manadero sin fin de alegrones, era vestirse de fantasma. Se envolvía toda en una sábana, añadía harina al azucenón de su rostro, se ponía dientes de ajo en los dientes, y cuando, ya

después de cenar, soñábamos, medio dormidos, en la salita, aparecía ella de improviso por la escalera de mármol, con un farol encendido, andando lenta, imponente y muda. Era, vestida ella de aquel modo, como si su desnudez se hubiese hecho túnica. Sí. Daba espanto la visión sepulcral que traía de los altos oscuros, pero, al mismo tiempo, fascinaba su blancura sola, con no sé qué plenitud sensual...

Nunca olvidaré, Platero, aquella noche de setiembre. La tormenta palpitaba sobre el pueblo hacía una hora, como un corazón malo, descargando agua y piedra entre la desesperadora insistencia del relámpago y del trueno. Rebosaba ya el aljibe e inundaba el patio. Los últimos acompañamientos –el coche de las nueve, las ánimas, el cartero– habían ya pasado... Fui, tembloroso, a beber al comedor, y en la verde blancura de un relámpago, vi el eucalipto de las Velarde –el árbol del cuco, como le decíamos, que cayó aquella noche–, doblado todo sobre el tejado del alpende...

De pronto, un espantoso ruido seco, como la sombra de un grito de luz que nos dejó ciegos, conmovió la casa. Cuando volvimos a la realidad, todos estábamos en sitio diferente del que teníamos un momento antes y como solos todos, sin afán ni sentimiento de los demás. Uno se quejaba de la cabeza, otro de los ojos, otro del corazón... Poco a poco fuimos tornando a nuestros sitios.

Se alejaba la tormenta... La luna, entre unas nubes enormes que se rajaban de abajo a arriba, encendía de blanco en el patio el agua que todo lo colmaba. Fuimos mirándolo todo. Lord iba y venía a la escalera del corral, ladrando loco. Lo seguimos... Platero : abajo ya, junto a la flor de noche que, mojada, exhalaba un nauseabundo olor, la pobre Anilla, vestida de fantasma, estaba muerta, aún encendido el farol en su mano negra por el rayo».

Se lo leyó Vicente Quiroga a Francisco Romero Gómez, quien nos había asegurado antes que no conocía el libro, y al terminar ese capítulo le pregunté si fue así como murió Anilla la Manteca, y Francisco, sin vacilar, me respondió: «No señó, la Anilla murió en su cama, de su muerte naturá».

Ya entonces andaba yo reinando en la idea de que en *Platero y yo* había mucho «yo», sí, pero casi más «nosotros» que yo. Porque cada día leíamos un capítulo por la radio, de cuyo montaje

musical me encargaba yo, y mi lectura fue, pues, muy minuciosa, muy atenta a los pormenores de aquella prosa aparentemente tan sencilla, de diáfana y suelta, como agua de manantial. Aún conservo el ejemplar que usé entonces, con las anotaciones manuscritas de las músicas que se me ocurrían para ilustrar y subrayar el texto. Me da bastante vergüenza cuando descubro cosas tan obvias como que para el capítulo «La tísica», usé nada menos que el *Vals triste*, de Sibelius. ¿Es que les faltaba tristeza a las palabras de Juan Ramón? No, todo lo contrario: les sobraba. Hoy me doy cuenta de que mi subrayado musical era un insulto a su prosa.

Pues bien. Ha tenido que transcurrir casi medio siglo para que por fin me aplicase a la tarea de rescatar el «nosotros» de *Platero y yo*, pero doy por bien empleado el tiempo porque ese medio siglo ha estado lleno de vida y experiencias, y de relecturas de este libro tan querido, de modo y manera que pude abordar su censo con una desvergonzada familiaridad, y cargado de tesoros.

Y entrando en harina : Son muchas más las escenas en que Juan Ramón habla de los niños que de los adultos. Los niños suelen correr por *Platero y yo*, las más de las veces anónimos y en grupo: los adultos, por el contrario, aunque también son muchas las menciones gremiales o colectivas, en hartas más ocasiones aparecen individualizados y con nombre. Por ello, y para que haya un cierto método, he dividido las citas en cuatro apartados: los niños; los adultos en apariciones plurales; los forasteros; y por último los adultos moguereños con nombre propio y, en algunos casos, con apellidos.

De entre los niños, los primeros que aparecen en grupo son «los niños pobres [que] juegan a asustarse, fingiéndose mendigos», pero ya entre ellos destaca individualizado uno, «una niña forastera, que habla de otro modo, la sobrina del Pájaro Verde, [la cual,] con voz débil, hilo de cristal acuoso en la sombra, canta entonadamente, cual una princesa:

*Yo soy laaa viindiitaa
del Condeee de Oree...»*

Esta sobrina del Pájaro Verde comparte anonimato a medias con el hijo del aperador, al que las orejas se le ponen tan coloradas y tan calientes cuando va a llover.